

especies han sido destruidas por las revoluciones del globo», se niega a aceptar el nombre de *perezoso gigante* para el megaterio, pues ello no sería riguroso, «dado que aunque se parece a los animales de este género por las formas y las proporciones de todas sus partes», también resulta que en aquello que no se parece al perezoso «se aproxima a géneros tan vecinos como los osos hormigueros o lo tatús»⁷.

Asimismo, rechaza con energía la idea de un profesor Lichtenstein, de Helmstadt, que intentó emparentar al megaterio con los elefantes. Para Cuvier, «como cada hueso, considerado aparte e independientemente de sus proporciones con los otros, tiene caracteres que los acercan al hueso análogo de un perezoso o de otro desdentado», ello lo aleja de los elefantes y «esta propuesta cae por sí misma».

Aunque Cuvier lamentase la imposibilidad de examinar el esqueleto en forma directa, no por eso se vio trabado en su magna tarea comparativa. Y todo ello gracias a una serie de acontecimientos encadenados que empiezan aquella tarde de marzo de 1787, en Luján. «Debemos decir, en mérito de los españoles, que son ellos quienes han dado el ejemplo útil, seguido después por M. Peale para el mastodonte y por M. Adams para el elefante», dice Cuvier en *Recherches*, en merecido agradecimiento a quienes hallaron la enorme bestia y, con inmensos cuidados, la desterraron, dibujaron sus partes y la trasladaron a Madrid.

Para sus descripciones y trabajos comparativos, Cuvier se apoyó en la publicación realizada por José Garriga, capitán de ingenieros cosmógrafos del rey de España, titulada *Descripción de un esqueleto de un cuadrúpedo muy corpulento y raro que se conserva en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid*, del año 1796. Allí aparecen detallados dibujos del megaterio, obra de Juan Bautista Bru, encargado de montar el esqueleto en Madrid.

Pero debemos seguir retrocediendo en el relato. Porque montar un esqueleto de un animal desconocido, sin poseer ningún criterio acerca de postura, estructura ósea y demás no es juego de niños. Si nos acercamos al Río de la Plata, veremos otro capítulo de esta historia.

⁷ En la misma obra, Cuvier dice que en su trabajo Das Riesen Faulthier (*bradypus giganteus*), el Dr. Pander y el Dr. D'Alton adoptan ese nombre de perezoso gigante, con el cual él no está de acuerdo «todavía, porque ofrece [caracteres] que lo alejan mucho, como la proporción de la extremidades y la composición de sus manos» (pág. 177).

⁸ Las citas de las cartas corresponden a las fuentes indicadas en nota 3.

Siete cajones

Cuando Bru pone manos a la obra, no tiene entre ellas un rompecabezas caótico. Le han mandado claves: «... y será oportuno cuide V.P. se dupliquen números en las articulaciones y partes en que sea contingente en división o fractura, para que puedan volverse a su lugar fácilmente; aplaudiendo yo entretanto su celo a favor de estos útiles descubrimientos» había dicho el virrey Loreto en carta al padre Torres fechada el 30 de abril de 1787. Y a pedido del fraile, ese mismo día designa al teniente de artilleros Francisco Xavier Pizarro para que saque «puntual dibujo antes que se mueva y arriesgue la dislocas. (sic) o fractura de sus partes, sacando también sus dimensiones en detalle»⁸.

En julio del año siguiente, Antonio Porlier, secretario del rey Carlos III, acusaba recibo del «diseño de la osamenta del animal desconocido», en su oficio al virrey Loreto también le dice estar esperando los siete cajones «en que se conduce dicha osamenta». Los cajones llegaron, y el 2 de septiembre el mismo Porlier anuncia a Loreto que «ha mandado S.M que se conduzcan a su Real Gabinete, a fin de que se arme el esqueleto y puedan reconocerle los inteligentes en la historia natural y el público». Buena muestra del ánimo ilustrado de la Corte española, especialmente en cuanto al reconocimiento del «público» como una entidad merecedora de atención.

Y buena muestra de una sostenida preocupación por preservar en las mejores condiciones posibles estos restos fósiles que las toscas de Luján habían guardado desde vaya a saberse cuánto tiempo. El atento cuidado de la osamenta y las prolijas anotaciones realizadas por fray Torres, unidas a los dibujos de Pizarro, permitirían a Bru recomponer el esqueleto en Madrid. Y el resto, de cómo Cuvier tomó noticia del hallazgo y cómo lo interpretó, ya lo hemos narrado, y es hora de pasar a algunos acontecimientos menos serios aunque no menos interesantes.

Calumnias y embustes

Dijimos que el padre Torres había encontrado los huesos en marzo de 1787. Y que de inmediato había comunicado la nueva al virrey. Durante todo el mes de abril, con la ayuda prestada por el alcalde de la Villa de Luján, don Francisco Aparicio («aunque con grave detrimento por estar este pobre vecindario falto de cabalgaduras», según comunica éste al virrey), el entusiasta fraile había logrado ir desenterrando el esqueleto.

Lo comunica a Loreto el 29 de abril: «Con bastante felicidad he descarnado toda la tierra de encima y lado de los huesos, y tengo en esqueleto todo el animal. No me he atrevido a moverlo ni lo moveré interín V.E. no se digne a ordenar venga un dibujante, para que lo extraiga al papel; porque de otro modo pienso se malogrará todo el trabajo y V.E. se privará del gusto de ver una cosa muy particular».

Pero, mientras el virrey —como se ha visto— disponía el envío del dibujante, el diablo metía la cola para desazón del buen fraile. El 2 de mayo, el alcalde recibe una alarmada misiva del padre: «Ayer 1º del corriente se ha notado un gravísimo daño en los huesos que por orden de su Excelencia he venido a extraer: y en esta inteligencia se ha de servir vm tomar las más prontas diligencias a fin de que aparezca el agresor [...] Advierto para su gobierno que tengo vehemente sospecha de Francisco Xavier Pereira». Después de esta denuncia, solicita que el alcalde ponga una guardia a fin de preservar los huesos hasta que sean desenterrados en su totalidad. Lamentablemente, desconocemos si la acusación estaba fundada y si el delincuente fue atrapado. Pero, muy pocos días después, la trama se complica con la llegada del teniente Pizarro, quien, aparentemente deseoso de poner límites al representate de la fe, descarga mandobles verbales a diestra y siniestra.

En carta del 9 de mayo (que remite a una anterior, que según parece no habría llegado a manos del virrey), el fraile se queja amargamente. «Al entrar en esta Villa el día cuatro al tiempo de medio día, oí el peccissimo (sic) y culpable cisma que el oficial había encendido contra mí. Desde luego en nada se empeñó más este hombre que en desacreditarme ante V.E. y este pueblo [...] ha sembrado por los estrados que yo me había abrogado la jurisdicción de V.E. Dijo libremente que V.E. no había tenido noticias de tales huesos hasta el recibo de mi carta en que imploro el dibujante. Agregando a esto la osadía de contradecir, con el mayor desembarazo, en mi propia casa, a toda mi familia, que le hacían ver el modo cómo había llegado la noticia a V.E. según que a mí me lo habían oído...»

Finalmente, fray Torres se apoya en el virrey y le dice: «Pero V.E. mejor que nadie sabe la injusticia con que este hombre me calumnia... lo que ha llenado las medidas del sentimiento es haberme imputado el crimen de embustero» y sostiene que «no quiero que se den crédito a mis palabras, sino a las obras, con que lo haré ver en breves días». Termina la carta con un «en fin, mañana si Dios quiere hago ánimo de levantar los huesos. A su llegada verá V.E. si es montón de huesos; y si es, o no, capaz de dibujo, con todo el daño que ha recibido la cadera al levantarla y el que padecerá en su conducción».

El 27 de junio, después de ardua tarea, fray Torres puede cantar victoria: «He encontrado la media cadera a mi ver, capaz de sujetarse al dibujo, igualmente la cáscara no ha padecido daño considerable». El envío se hace mediante el sistema de balsa, que consiste en cueros arrastrados por bueyes o caballos, y que el padre Torres rellenó con paja para proteger los huesos, ablandados por el agua, «ya porque no pueden entrar en carreta, por su magnitud, y ya porque me parece más sereno el movimiento del cuero» (en carta al virrey del 29 de mayo, previendo el traslado posterior).

Según Juan María Gutiérrez⁹, una vez llegados los huesos a Buenos Aires, fueron montados provisoriamente por varias personas, de las cuales sólo nombra a José Joaquín de Araujo. La tarea fue cumplida en el resto del año y, como ya se vio, el 2 de julio de 1788 el secretario del despacho universal de Indias informaba haber recibido los dibujos.

Aunque todo parece indicar que los dibujos que acompañaron los siete cajones habrían sido realizados por el teniente Pizarro, no aparece firma alguna en la copia que poseyó Manuel R. Trelles y que reprodujo la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*¹⁰. Como tampoco lleva firma el texto que acompaña a la lámina donde se aprecia el esqueleto completo, sostenido sobre sus cuatro patas.

⁹ Gutiérrez, J. M., «Megatherium (animal desconocido)», en *El Museo Americano*. Libro de todo el mundo, Buenos Aires, Imprenta y litografía de C.H. Bacle, 1835.

¹⁰ Trelles, op. cit. en nota 3.

Agudas observaciones

Sea quien fuere el autor de esas líneas, era un gran observador, además de hombre muy culto e ilustrado en historia natural. Vamos a los hechos. Después de describir